



Calzados
MACBETH



Su lugar de confianza



GALERÍA
MARKET DEL VALLE
Maipú 131 - Local 14 b
Vicente López - B.A. Aires



LÍA ELIZALDE es una narradora rioplatense nacida en Montevideo y que vive gran parte de su tiempo en la Argentina. Su prosa muestra un diestro manejo de la escritura con la que seduce al lector para introducirlo en laberintos imaginativos.

La realidad y la fantasía están dosificadas hasta con exactitud y producen el final sorprendente del primer cuento o la reflexión obligada en el siguiente, que por breve tanto sugiere.

Correspondencia con la autora:

Vergara 856, piso 16^o "A"
1638 - Vicente López - Buenos Aires

todo es Cuento[®] publicó narraciones de:
ESTELA FINCK
JOAQUÍN V. GONZÁLEZ
ADRIANA KOLYVAKIS

Coordinador de la colección:

CARLOS FENSA
Corrientes 2963 - 2^o cpo. - 1^o "G"
1103 - Buenos Aires - Argentina
Tel. y Fax: 88-2552 (las 24 hs.)

DISTRIBUCIÓN MUNDIAL

todo es **Cuento**[®]
y

lia
Elizalde

● ——— ●
coleccionable ———

Diciembre de 1991

I. E.

Subí al tren y me senté del lado del pasillo; mis ojos se irritaban si los exponía al viento y las ventanillas en ese día caluroso de diciembre estaban todas abiertas. Me tocó al lado de un tieso señor con corbata y en el asiento de enfrente una señora de azul con su bolso de comestibles y del lado de la ventanilla un hombre de aspecto prolijo y zapatos algo gastados en la punta. El azar nos había reunido a los cuatro para ese corto viaje.

El tren arrancó y como es costumbre todos nos observamos con aire distraído evitando en lo posible que nuestras miradas se encontraran. Entorné los ojos y me puse a escuchar los ruidos que producía el tren, cuya cadencia me entretenía. Cuando en cierto momento los abrí, el sol daba de pleno sobre el pasajero de los zapatos gastados en la punta. Él, había apoyado su brazo en la parte externa de la ventanilla. Parecía ir feliz sintiendo los rayos del sol de mediodía sobre su cara y su brazo derecho. Tan temerosa como soy, tuve que contenerme para no decirle que entrara su brazo de inmediato, porque le podía pasar un accidente. Al principio traté de calmar mi ansiedad diciéndome que él se aburriría de esa posición y que entraría el brazo.

El brazo y no su dueño pasaron a ocupar mis pensamientos. El brazo flotaba, en el aire azul, solo, y se reía de mis temores en su aislada perfección.

A medida que pasaban los minutos y el hombre parecía más y más encantado, mayor era mi preocupación. Ahora bien; por qué tenía que importarme que ese desconocido —vamos a suponer— quedara con su brazo enganchado en algo que sobresaliera de un tren que pasara, o que, una señalización de bordes afilados le lastimara. Cosa de él —me dije—. Pero de inmediato supe que me estaba engañando; mi inquietud y ansiedad fueron entrando en la desesperación, ensayé para mis adentros las palabras que lo incitaran a tener más cuidado y a modificar su actitud y entrar su brazo. Pero cuanto más ensayaba las frases mi voz más se negaba a pronunciarlas. Pensaba decirle —Por favor, entre el brazo que nos tiene a todos preocupados, ¿a todos? Al parecer no a todos sino a mí. Lo imaginaba privado de ese brazo tan varonil, bronceado y con la musculatura natural de un hombre de trabajo.

Lo imaginé manco. Me vi acompañándolo en la vida porque mi destino estaba intangiblemente ligado al suyo.

Yo daría clases de idiomas para ayudar a solventarnos. O si él prefería pedir ayuda, lo dejaría decir: —Damas y caballeros, por un desgraciado accidente he quedado manco, imposibilitado de trabajar. "Les pido una ayuda, que mi compañera y yo pasaremos a recoger; desde ya les quedamos agradecidos y les deseamos muy buenas tardes y un feliz viaje".

Me vi con toda soltura, obediéndolo y ayudándolo en todo. Para ese entonces le había puesto un nombre: Omar.

Quería decirle Omar, por favor entré el brazo. A mí no me gusta pedir limosna, hacéme caso, ¿por favor?

Él me ignoraba e ignoraba al parecer mis tribulaciones. Iba disfrutando esa brisa que le acariciaba los músculos.

De un hombre común, vulgar, pasó a ser importante, importantísimo. Yo lo ayudaría a recuperarse. Trataría de complacerlo y de anticiparme a todos sus deseos.

Ya no sabía si íbamos por la cuarta o la quinta estación, tan atrapada estaba por esta situación particular cuando de pronto reconocí el lugar que atravesábamos —¡Mi casa! —pensé. Me incorporé, y el movimiento del tren me hizo tambalear. Sin mediar una sola palabra el hombre al que yo había llamado Omar, me asió con fuerza para que no me cayera, y con naturalidad me condujo a la puerta de salida.

Con ese brazo, con ese brazo que tanto me había preocupado durante el viaje me rodeó los hombros.

Yo me dejé conducir por el andén y seguimos los dos juntitos por la avenida ignorando todo lo que nos rodeaba. Las pocas personas que pasaban sonreían y ponían caras de asombro. Yo pretendía que no los notaba hasta que no pude resistir más y miré hacia la izquierda; me acompañaba el brazo, sólo el brazo; su dueño, al que llamé Omar se había desvanecido.

LÍA ELIZALDE

PARTIDA

La mujer se encuentra en el andén y sus ojos cansados recorren los carteles, las vías, lo gris. La desesperanza se ve reflejada en su atuendo: un vestido oscuro y ajado, un viejo bolso semi vacío que sostiene con fervor. Es como si ese bolso simbolizara las ilusiones que trajo, y a las que —a pesar de todo— no quiere abandonar.

Antes de abordar el tren una mirada inquieta recorre por última vez el andén, buscándolo.

Se despide sin irse y para eso deja toda la escasa ternura que le queda en la mirada. Se detiene sobre las cosas, como para dejarles su trazo identificatorio y poder reconocerlas en el hipotético reencuentro.

Después le dio la espalda a todo, casi con fastidio y partió.

El pito del tren le indicó la hora a su muerte.

LÍA ELIZALDE